

ALGUNAS POSICIONES ANTE PROBLEMAS DE LA REGION EN PUNTA DEL EST

SE NECESITA LA PLANIFICACION ORDENADA DE DESARROLLO

*(Fragmento del discurso del Dr. José A. Mora,
Secretario General de la Organización de los
Estados Americanos, pronunciado en la sesión
inaugural celebrada el 5 de agosto de 1961.)*

CON excesiva frecuencia nos olvidamos que el propósito del desarrollo económico no es aumentar la producción como un fin en sí. El objetivo verdadero es satisfacer las necesidades aumentando el consumo y procurando además el disfrute a la generalidad de aquellos bienes culturales que lleven a la superación espiritual de nuestros pueblos. Y no me refiero meramente al consumo de unos pocos privilegiados, sino al de los muchos cuyas demandas y necesidades de bienes y servicios, cuyas capacidades de ahorro y de trabajo, impulsan el desarrollo y promueven las inversiones de cualquier origen.

Sin embargo, las inversiones en capital humano, en vivienda, salud y educación, deben acompañar las inversiones en equipo y maquinaria, si se espera lograr a la vez y en forma armónica el desarrollo económico y el equilibrio social. No vacilo en afirmar que en muchos casos el desarrollo armónico requiere reformas sustanciales en la agricultura y en los sistemas de impuestos, así como una completa transformación y expansión de los servicios públicos y sociales.

Quisiera agregar, precisamente en este momento en que nos estamos lanzando a desarrollar un nuevo y tremendo esfuerzo para el progreso de América, que lo hacemos así porque es justo, urgente y necesario, y no simplemente porque es, o parece ser, conveniente.

Por otra parte, recordemos que la Alianza para el Progreso es la culminación de una serie de pasos ya dados, de realizaciones ya cumplidas, entre las que figura la creación del Banco Interamericano de Desarrollo y del Fondo para el Desarrollo Social, la firma del Tratado de Montevideo y del Tratado General de Integración Centroamericana, y otros progresos no menos significativos.

No podemos aspirar a crear y ampliar las oportunidades para una vida mejor del hombre de América, del agricultor, del obrero, del hombre de negocios, del profesional, del estudiante, sin basar nuestra política y nuestros programas en planes de acción tan realistas como sistemáticos. Nuestros planes no pueden ser contemplados desde la perspectiva estrecha de un año, sino que deben cubrir períodos mucho más largos. Sólo esta perspectiva profunda permitirá la transformación progresiva y pacífica de la estructura social y económica de cada nación, y la asignación de prioridades adecuadas a los progresos y proyectos. Muy a menudo, en el tiempo pasado, los esfuerzos incompletos y esporádicos de desarrollo han conducido a la inflación y a crisis cambiarias que han sustraído energía a la economía y originado costos y sacrificios sociales innecesarios e injustificados.

Las necesidades y las situaciones específicas de los países latinoamericanos difieren considerablemente. Los esfuerzos de planificación en cada uno de ellos tienen que conformarse a los respectivos ambientes económicos, sociales y culturales.

Existe, no obstante la acusada individualidad de los problemas de nuestros países, un amplio campo para desarrollar

esfuerzos de coordinación regional, y orientarlos hacia sistema provechoso de intercambio de bienes, servicios, capacidades y capitales.

En algunos países latinoamericanos ya se han formulado y aun puesto en ejecución, planes a largo plazo para el desarrollo económico y social; hay otros muchos, sin embargo, los cuales la política de desarrollo no es conducida de acuerdo con objetivos sistemáticos de largo plazo. En todos los casos la Alianza para el Progreso abre caminos para ayudar los países en sus esfuerzos de planificación, no sólo por medio de la ayuda financiera, sino también, lo que es igualmente importante, por medio de la asistencia técnica proporcionada por los países o por organismos internacionales y regionales tales como la Organización de los Estados Americanos, Banco Interamericano de Desarrollo y la Comisión Económica para América Latina.

Debemos reconocer que, a pesar de todo, los esfuerzos para la formulación y ejecución de planes a largo plazo excluyen ni disminuyen la necesidad de acciones inmediatas y urgentes para resolver necesidades y problemas específicos en especial en el campo social.

Vale la pena señalar, también, que la planificación ordenada del desarrollo requiere no sólo la utilización efectiva de los recursos internos, sino, asimismo, la seguridad de una corriente regular y sostenida de recursos internacionales. La verdad, la América Latina puede obtener y absorber una mayor efectividad los recursos internacionales financieros y técnicos que necesita, si utiliza mecanismos para lograr esos fines.

Los nacientes mercados comunes de la América Latina particularmente en América Central y entre los países de Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, nos proveen ya de sólidos puntos de apoyo para la cooperación interamericana, a la vez que aceleran el ritmo del crecimiento económico y del progreso social. Las necesidades comunes abren nuevas y vastas oportunidades para la creación de industrias regionales que no podrían establecerse o expandirse económicamente en países aislados. Al mismo tiempo, están pavimentando el camino para el aumento progresivo del comercio de la producción en los países miembros. Este comercio, apoyado por un sistema efectivo de créditos, por un mecanismo de promoción del comercio y de las inversiones para la empresa privada y la industria de América Latina, y por esfuerzos globales para ampliar la red de transporte, constituye la llave para la planificación ordenada del desarrollo para el fortalecimiento de los lazos tradicionales que unen a los países del Hemisferio, dándoles unidad de propósito y firmeza.

COOPERACION MONETARIA Y DE FINANCIAMIENTO

(Fragmento del discurso del señor Felipe Ferrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, pronunciado en la sesión del Consejo Interamericano Económico y Social el 5 de agosto de 1961.)

ES interesante el rápido proceso que tanto en el terreno teórico y técnico como en el de la ejecución presenta la América Latina en cuanto a su *integración económica y comercial*. Concordamos con el informe de los expert

su afirmación de que la integración es más que nada un procedimiento para acelerar el crecimiento económico de los países actualmente separados por fronteras políticas. Las lecciones para la integración las conocemos, no sólo a través de nuestra propia experiencia y diálogo de los últimos años, sino también a través del ejemplo del proceso del mercado común europeo, cuyo campo de acción parece expandirse y crecerse de día en día.

Como banqueros hemos venido sosteniendo que no basta con los procedimientos tarifarios e impositivos y las políticas comerciales si al mismo tiempo no creamos o desarrollamos un marco de cooperación monetaria y de financiamiento que permita la rápida expansión de los niveles del intercambio internacional.

La experiencia europea ha demostrado que esta cooperación ha sido un firme soporte para la integración. Si Europa en su mercado común tiene una moneda común, ello debe a la extendida estabilidad de sus monedas, prácticamente reflejada en una amplia convertibilidad, que a su vez está defendida por importantes reservas monetarias. Este sistema hace fácil las transacciones financieras de toda índole dentro del área, sea en forma de créditos o inversiones, y ha atraído substanciosos recursos externos, especialmente de los Estados Unidos. Existe así y se desarrolla cada vez más en la Europa del mercado común, un mercado común financiero, con una amplia posibilidad de desplazamiento y flexibilidad de recursos, y con perspectivas muy interesantes en la utilización de saldos a plazos diversos, de una economía internacional a la otra. Los financiamientos comunes y recíprocos a través de los bancos comerciales, de los bancos centrales, de los mercados de inversión e incluso, de las tesorías, de la tesorería del sistema; el Acuerdo Monetario Europeo y las perspectivas de su ampliación es otra de sus vigas maestras. Nuestra experiencia es digna de meditación para nuestros trabajos, a pesar de la diferencia de intensidad y de modalidades del desarrollo económico europeo, en comparación con el nuestro. Contamos con un punto de partida que generalmente no ponderamos en toda su significación. Me refiero al precedente saneamiento monetario y financiero de gran parte del Continente. Los países mencionados hasta hace poco como casos de crónica inflación tienen al momento sistemas monetarios y cambiarios que tienden a ser cada vez más estables. La América Latina tiende a una convivencia monetaria basada cada vez más en la convertibilidad, en el multilateralismo en los pagos y en la libertad cambiaria, situación que servirá de soporte a una rápida integración financiera. La necesidad de cambiar las denominaciones de nuestros recursos monetarios, estamos más cerca de lo que creemos de un régimen de moneda única latinoamericana, antigua aspiración expresada desde las primeras reuniones panamericanas. En este orden de ideas debemos también mencionar el desarrollo y fortalecimiento de nuestros bancos centrales, de la banca comercial y de los organismos de desarrollo. La banca central ya ha estado acostumbrada a una prolongada cooperación de índole técnica y está en condiciones de trabajar en la colaboración financiera multilateral. No olvidemos que ya tuvo la experiencia del manejo de créditos recíprocos en la aplicación de los convenios bilaterales. Es interesante considerar también cómo podrían los sectores financieros comerciales del Continente trabajar conjuntamente. No vemos por qué no pueda aplicarse en la escala regional la experiencia extendida de los consorcios financieros. También cabe concebir mecanismos parecidos para nuestros débiles mercados de capital; estamos ciertos de que no está lejano el día en que los valores de los gobiernos y de las empresas de la América Latina se transen libremente en nuestros distintos países, especialmente en los que han sido de mercados financieros en el pasado.

Dentro de este orden de ideas debemos sentar el principio de que los propios países latinoamericanos, en la medida de su crecimiento económico, deben efectuar su labor de asistencia y contribución a los más rezagados. Debemos dar una gran importancia a la posibilidad de un crecimiento rápido, y aun espectacular, de las naciones más grandes de nuestra comunidad, pues esa circunstancia posibilitaría una efectiva acción cooperativa y refleja. En Europa, por ejemplo, es de interés constatar cómo los dos tercios de las actuales colocaciones del Banco Europeo de Inversiones se han orientado para asistir al desarrollo económico y social del sur de Italia.

Todo lo anterior, sin embargo, depende principalmente de la existencia de recursos financieros o de la posibilidad de su creación. Es evidente que en la medida en que tenga resultados el gigantesco programa decenal de desarrollo económico y social, cuyas bases se fijarán en esta reunión, contaremos con esas facilidades ya que la única forma legítima de crear excedentes para fines de crédito o inversión es como resultado de los aumentos en la producción, en el intercambio y en el ingreso total.

La América Latina necesita para la próxima década una inyección de recursos financieros que fortalezca su actual situación de reservas monetarias internacionales. No es casualidad que en los estudios de los expertos se plantee la necesidad de "fondos especiales" para compensar las fluctuaciones en los precios de las materias primas. Si los países de la América Latina contaran con fuertes reservas internacionales, tales planteamientos no tendrían el grado de urgencia con que se presentan. Las cifras por lo demás confirman esta apreciación. El oro y las divisas en poder de nuestras autoridades monetarias fueron para fines de 1950 de 3,170 millones de dólares; para fines de 1960 eran de 2,955 millones de dólares. Si efectuamos la comparación de nuestras reservas internacionales per cápita, pasan de 20 dólares en 1950 a 15 dólares en 1960; comparadas con el volumen de la importación en 1950, las reservas significaban un 56% y disminuyeron el 6% en 1960. Es interesante comparar estas cifras con las de Europa Occidental. En 1950, las reservas de este Continente eran de poco más de 10 mil millones de dólares; 10 años más tarde pasan a más de 23 mil millones. La explicación final de este proceso es el deterioro de las condiciones de nuestro intercambio como exportadores de materias primas, lo que ha permitido, en gran parte, un fortalecimiento de la situación de reservas de los centros industriales y de alto consumo. Sin embargo, el monto total de nuestros recursos externos no es de despreciar. Una acción concertada podría tal vez servir de base para un incremento importante de los recursos monetarios externos latinoamericanos, mientras no veamos los resultados del crecimiento colectivo. Con un sistema de esta naturaleza nuestros asociados no estarían colocados, como sucede con persistente frecuencia, en la difícil situación de tener que solicitar ayudas externas para poder enfrentar intempestivas dificultades financieras a plazos cortos. Habría una posibilidad de recurrir previamente a la propia cooperación de la comunidad de naciones latinoamericanas, y ésta, con la garantía y la fuerza de sus propias reservas y de la gravitación política de nuestros 20 países y de la alianza con los Estados Unidos, estaría evidentemente en condiciones más firmes en el orden financiero internacional. Esta concepción de contar con una especie de sistema de banco central para el Continente no es nueva, por lo demás. Fue precisamente en este país, en diciembre de 1933, con motivo de la Séptima Conferencia Panamericana, donde se discutieron las bases para un mecanismo de esta naturaleza. Estos antecedentes se señalan como orígenes de nuestro actual Banco Interamericano, pero la verdad es que lo que se tuvo en vista en esa oportunidad no era un organismo de desarrollo y de financiamiento a largo plazo, como es el nuestro, sino primariamente una entidad de cooperación monetaria y financiera, más orientada hacia actividades de corto y mediano plazo. No cabe duda de que la experiencia internacional de los últimos años y la propia vigorización de los mecanismos regionales, en especial del proceso de integración en mercados comunes, dan a esta idea una vigencia y una extraordinaria actualidad.

HAY QUE MOVILIZAR LAS NUEVAS GENERACIONES

(Fragmento del discurso del señor Raúl Prebisch, Subsecretario de las Naciones Unidas a cargo de la Comisión para América Latina, en sesión plenaria celebrada el 7 de agosto de 1961.)

Las graves responsabilidades internacionales que hay que afrontar en estos momentos en materia de un programa global de inversiones, se ven acompañadas en el plano nacional por una responsabilidad muy efectiva de nuestros países en la tarea de planeamiento.

El plan no es una operación meramente técnica. Significa muy importantes decisiones políticas, y la ejecución del mismo requiere una gran disciplina, un gran sentido de responsabilidad y previsión en nuestros países: responsabili-

dad que no solamente han de tener en sus manos los organismos gubernamentales, sino también las diferentes fuerzas de la economía que deberán asociarse a la tarea de planeamiento, desde la formulación del plan hasta la ejecución del mismo.

Muy particularmente, creo necesario incorporar a las tareas de planeamiento, tanto a las fuerzas empresarias como a los sindicatos obreros, no sólo en cuanto están interesados fundamentalmente en el incremento de la productividad, sino para irlos preparando a tomar, a su tiempo, la responsabilidad que les corresponde en las tareas de capitalización nacional.

Muchas veces he oído decir: esta técnica de planeamiento es difícil e impone una tarea que nuestros países, posiblemente, no logren realizar con eficacia. Sí, esa tarea es extraordinariamente difícil. Pero, ¿cuál es la otra solución simple? No está probado que aquella solución simple del mero libre juego de las fuerzas económicas pueda resolver los problemas de crecimiento, por mucha que sea la importancia de estas fuerzas en la eficacia del sistema económico. Históricamente, ¿acaso el libre juego de las fuerzas económicas ha resuelto el problema de la tenencia de la tierra? ¿Acaso la redistribución de los ingresos no ha sido el resultado de la acción política y sindical de las masas, a través de los impuestos y de la acción sindical, antes que el libre juego de las fuerzas económicas?

Creo que el libre juego de las fuerzas económicas es eficaz toda vez que se hayan apartado del campo económico los obstáculos fundamentales que se oponen al desarrollo; y toda vez que un planteamiento acertado establezca las condiciones y los objetivos económicos y sociales del desarrollo.

Sin duda, se va a necesitar personal calificado; pero se lo necesita en todos los aspectos de la vida económica de nuestros países. Es un aspecto que también requiere cambios estructurales y es posible hacerlos.

Hace un año, en la Reunión de Bogotá, daba el dato de un país en el que se evadía el cincuenta por ciento del impuesto a la renta, y ayer he tenido la satisfacción de oír del Ministro de Hacienda de ese país que eso se iba corrigiendo rápidamente debido al hecho de haberse utilizado gente capaz y al margen de las influencias políticas a fin de mejorar el mecanismo tributario.

Esa es una responsabilidad apremiante de los países latinoamericanos y tengo la convicción de que es posible, en muy poco tiempo, formar los cuadros administrativos eficaces, si se da a los hombres jóvenes de América las oportunidades necesarias para aprender y asimilar técnicas modernas.

He visto, al recorrer este ancho campo de la América Latina, como la presencia de nuestros grupos asesores ha despertado en algunos países un entusiasta deseo de aprender en hombres jóvenes que se están transformando rápidamente en elementos eficaces en todos los aspectos de la tarea de planificación.

Tengo una confianza que no es el resultado de la emoción sino del conocimiento concreto de las cosas y de los hombres de América: una confianza, una fe muy grande, en la potencialidad de las nuevas generaciones de la América Latina. Pero es necesario que aprendamos a hablar su propio lenguaje. Ese léxico político, que para nosotros los hombres de generaciones que van pasando ha tenido y tiene una profunda significación, no tiene la misma para las nuevas generaciones. Buena parte de esas palabras han perdido su sustancia, han perdido su vigencia; y si queremos restablecer esa vigencia, acaso en nuevas formas, sería imprescindible incorporar realmente a esas nuevas generaciones, a los elementos más promisorios y dinámicos de ellas, a las múltiples tareas que exige el desarrollo económico y social. Es necesario captar su imaginación, su sentido constructivo, llevarlos a organizarse, para realizar, sostenida y sistemáticamente, el esfuerzo requerido para obrar en forma consciente y deliberada sobre las fuerzas de la economía, para conseguir los grandes objetivos del desarrollo económico y social.

Hay que abrir a esas nuevas generaciones, con celeridad y eficacia, las puertas de ese vasto caudal de la tecnología contemporánea, y convencerlas de que toda esa tecnología está a su disposición, y que con tiempo y con esfuerzo lograrán manejarla en todos sus aspectos, desde la explotación del petróleo y otros recursos naturales, hasta las formas

más complicadas de la técnica industrial, porque el desarrollo económico es fundamentalmente un proceso de capacitación nacional y solamente así el desarrollo será económicamente auténtico e independiente en nuestros países latinoamericanos.

EL DESARROLLO ECONOMICO Y LA JUSTICIA SOCIAL SE COMPLEMENTAN

(Fragmento del discurso del señor Lic. Aníbal Ortiz Mena, Jefe de la Delegación de México, pronunciado en sesión plenaria celebrada el 7 de agosto de 1961.)

EN el Acta de Bogotá expresamos la preocupación de los efectos de los programas de desarrollo económico que pueden ser tardíos en lo que respecta al bienestar social. Por ello asentamos las bases para el establecimiento de un programa de desarrollo social en el cual se destacarán aquellas medidas que al mismo tiempo que atiendan necesidades sociales, contribuyan a aumentar la productividad fortalezcan el desarrollo económico. Es decir, que reconocemos que el desarrollo económico y la justicia social se complementan. Una planeación equilibrada que sea fiel reflejo de los valores de la sociedad a la cual sirve, lejos de recurrir a recursos o metas asistencialistas y proyectos inmaduros no productivos, deberá considerar precisamente esas necesidades entre los fines del proceso de planeación.

También es necesario destacar la capital importancia del desarrollo equilibrado de la agricultura y la industria. En las esferas local, regional, nacional e internacional, los ajustes entre las actividades industriales y agrícolas retrasan el progreso de ciertas zonas económicas potencialmente importantes. Para que la industria nacional se vigore, es elemento insustituible el mercado interior; si es amplio y fuerte, la concurrencia a los mercados exteriores estará menos expuesta a peligros y sorpresas. Esto obliga a los gobiernos a poner el mayor cuidado en la cuestión agrícola, haciéndola accesible al mayor número posible de la posesión y la propiedad de la tierra; mejorando el aprovechamiento del agua y aplicación de las técnicas agrícolas y fomentando la organización de los productores, un mayor crédito y una mejor distribución del mismo.

El reparto de tierras constituye uno de los puntos fundamentales del programa agrario; sin embargo, entienden que la reforma agraria, en sentido dinámico, consiste no sólo en la redistribución y mejoramiento de tierras actualmente cultivables sino, además, en la habilitación y colonización de nuevas áreas en diversas regiones del país, a veces aisladas por falta de vías de transporte, o bien insalubres, o inundadas por falta de agua.

Con el progreso industrial, surge la concentración urbana, y a menudo nuestras ciudades se congestionan, sufren trastornos de transporte, engendran sórdidas viviendas y condiciones de vida indignas.

Para resolver los aspectos negativos del exceso de concentración en determinadas zonas y al mismo tiempo tener la mano del progreso a hermanos alejados; para formar economías verdaderamente nacionales y dar nuevo impulso al crecimiento global, es preciso abrir nuevas áreas de desarrollo para la producción agropecuaria e industrial, lo que implica inicialmente fuertes y sostenidas inversiones de infraestructura y complementarias.

Son estas inversiones generadoras del crecimiento regional en las que más se interrelacionan y es difícil separar los aspectos económicos y sociales: en las que los proyectos básicamente reproductivos deben ser acompañados de inversiones sociales de saneamiento, viviendas, escuelas, hospitales y otros servicios. En estos casos, aun las obras productivas tales como las de energía eléctrica y agua potable, tienen parte que debe interpretarse como de beneficio social cuando en algunas zonas los ingresos no permiten a los consumidores pagar tarifas costeables.

Las grandes presas de uso múltiple presentan típicamente los problemas a este respecto. Convertir en energía eléctrica y en sostén de cultivos nuevos las abundantes aguas

corren en regiones apartadas es necesidad urgente en muchos de nuestros países. En las ciudades la demanda de energía eléctrica crece a grandes pasos y se puede vender el excedente a empresas industriales, comerciales y de servicio público. En regiones nuevas, en cambio, la familia campesina es el principal consumidor de inmediato y la producción predominantemente agropecuaria no insume energía eléctrica en volumen de significación. Las plantas eléctricas no llegan a niveles de operación óptima sino hasta que se realizan inversiones adicionales para la transmisión a centros urbanos o en sistemas de distribución de acuerdo con el crecimiento de la demanda de las regiones nuevas beneficiarias. Por las diferencias de tiempo en que llegan a ser productivos los aspectos individuales de las grandes obras de tipo múltiple, y por la circunstancia de que frecuentemente requieren inversiones complementarias, se les clasifica a medida como obras sociales y no viables económicamente, por lo que no tienen acceso al financiamiento exterior a pesar de la existencia de los recursos naturales y de las necesidades palpables de poblaciones en crecimiento. Este dilema en su totalidad se resuelve en función de la disponibilidad de nuevas fuentes de financiamiento adecuado como el Fondo Especial Interamericano del Progreso Social y la Asociación Internacional de Fomento que convierten en proyectos viables las obras de inaplazable necesidad social.

Asimismo, las grandes inversiones sociales o no directamente productivas frecuentemente tienen un elevado porcentaje de componentes de gastos locales, en tanto que su capacidad de generar divisas es escasa o de impacto diluido, o implican riesgos que no los hacen admisibles al financiamiento internacional prevalente. Para estas inversiones es indicado el financiamiento en términos y condiciones flexibles, que incluya el pago de los préstamos en moneda nacional, previsto en el Fondo Especial Interamericano del Progreso Social, y los precedentes ya establecidos por la Asociación Internacional de Fomento en sus primeras operaciones, consistentes en 50 años de plazo, sin pago de intereses, 5 años de gracia y amortizaciones escalonadas progresivamente mayores.

Con las nuevas fuentes de recursos externos añadidos o con los nuevos esfuerzos internos —base estos últimos de todo progreso real— habremos de prestar la atención debida a los problemas de escasez de vivienda, de educación, de múltiples servicios públicos y facilidades agrícolas, cuyas necesidades han venido acumulándose en forma inquietante y que en algunos países han quedado en un plano diferido o secundario respecto a proyectos de inversión de impacto productivo más directo e inversiones de industrialización, en un tremendo esfuerzo desplegado por el sector público para rancar la economía de un atraso secular e impulsarla en el camino del desarrollo acelerado.

En relación con otro tema de nuestra Agenda referido a la integración económica regional, la sorprendente recuperación y crecimiento posbélico de la economía europea difícilmente podría explicarse sin considerar, por un lado, la amplia ayuda financiera de los Estados Unidos de Norteamérica y los esfuerzos de integración económica de los países del área. No creo equivocarme, al afirmar que ha llegado la hora de América Latina para emprender, bajo los más auspiciosos auspicios, una tarea similar.

Entre los aspectos que nos preocupan figura en particular la necesidad del establecimiento de mecanismos de financiamiento del comercio latinoamericano, que en proporción cada vez mayor, comprenderán el intercambio de bienes industriales y requerirán una reestructuración de los canales de financiamiento. Debido a que las relaciones financieras se desarrollan en gran parte de acuerdo con las comerciales entre países y áreas, es de esperar que surjan nuevas posiciones deudoras y acreedoras entre los países de la región. Para la reducción de las disparidades de ingreso y oportunidades entre países y para la expansión de la producción e intercambio mundiales, lo fundamental es mantener una afluencia neta de recursos de los países ricos a los países pobres.

Hemos de tomar en cuenta los requerimientos de recursos netos iniciales, procedentes en parte de fuentes fuera de la zona de integración, para estructurar y poner en movimiento los nuevos mecanismos. Asimismo, es de prever la necesidad de asegurar las disponibilidades de divisas del resto del mundo, ya que una proporción creciente de nuestros ingresos de exportación será recibida en moneda de países de la zona de integración, mientras seguirá creciendo nuestra demanda de importaciones de bienes de capital más complejos de las áreas industriales fuera de la zona.

El desarrollo de un buen sistema de transporte dentro de la Zona Latinoamericana de Libre Comercio jugará un papel muy significativo para facilitar el desarrollo del comercio entre los países miembros. México ha auspiciado el fortalecimiento de su incipiente marina mercante para que en estrecha coordinación con otras más desarrolladas de los países sudamericanos, se establezca un servicio continuo y eficaz que estimule las compras y ventas regionales, al mismo tiempo que ahorre salida de divisas de la zona para el grupo en conjunto.

Otro esfuerzo valioso de integración regional de carácter muy dinámico lo llevan ya a cabo dentro de este Continente, nuestras hermanas repúblicas de América Central.

Respecto al comercio internacional de productos básicos, es de justicia elemental que los países tengan la oportunidad de ganar fundamentalmente con su trabajo y producción las divisas que necesitan para proseguir su desarrollo económico y mejorar sus condiciones de vida. Por ello hemos pretendido que se establezcan precios remunerativos para las materias primas en el mercado internacional y que se supriman prácticas artificiales que dislocan los canales usuales del comercio con grave daño de los países menos desarrollados. Los ajustes deseables en las estructuras de producción y demanda en los países productores y consumidores, es preciso que tengan lugar en condiciones de expansión continua y vigorosa del comercio mundial, y no a base solamente de restricciones. Apoyamos, a este respecto, las proposiciones tendientes a que los países industriales eliminen regímenes restrictivos y den amplio acceso a sus mercados a los países menos desarrollados. Apoyamos igualmente, entre otras medidas, el establecimiento de un Fondo de Préstamos que compense los efectos económicos negativos de fluctuaciones excesivas e innecesarias en los precios y la demanda de los productos básicos más importantes de América Latina.

LA REGION DEPENDE DEL COMERCIO EXTERIOR

(Fragmento del discurso del señor Lic. Jaime Nebot Velasco, Jefe de la Delegación del Ecuador, pronunciado en sesión plenaria celebrada el 7 de agosto de 1961.)

EL tiempo demanda acciones inmediatas. La tensión crece y se agiganta. Es urgente actuar con la mayor celeridad posible y encontrar soluciones adecuadas para los diferentes problemas. Esas soluciones no las vamos a encontrar con programas que atiendan exclusivamente a los problemas de carácter social inmediato, como los de la vivienda, la salubridad, etc. Reconocemos la importancia que tiene dar una adecuada solución a dichos problemas, pero pensamos que, además, será necesario un gran esfuerzo dinámico, revolucionario si se quiere, para impulsar el desarrollo económico y para mantenerlo de modo constante en los más altos niveles. Las transformaciones estructurales requieren un fondo mínimo de crecimiento para que puedan tener éxito: la reforma agraria puede cumplirse con un mínimo de perturbaciones y un máximo de beneficios cuando los mercados, especialmente de productos agrícolas, se hallan en expansión; la reforma tributaria no será un terrible problema político cuando los ingresos crezcan y la comunidad tenga confianza en que persistirá la tendencia. En otras palabras, el cambio estructural que se nos pide y que debemos llevar a cabo a toda costa, puede ser hacedero cuando las economías se encuentran en un proceso de expansión más o menos sostenido.

En países que dependen en grado elevado del comercio exterior, las formas tradicionales de cooperación económica no son, por sí solas, capaces de inyectar vitalidad con la intensidad requerida. Hay una sola fuerza con suficiente dinamismo: el comercio exterior, y, más concretamente, las exportaciones que aceleran la capacidad de compra. Cuando se reduce el ingreso que proviene de la exportación, por descenso de los precios o por disminución del volumen, la política de desarrollo no es económicamente posible y políticamente sería muy ardua y más difícil. Aún podríamos decir que si en los primeros estadios del crecimiento no se acentúa el ritmo de las exportaciones por el período de tiempo necesario para propiciar transformaciones de estructura, el éxito se verá severamente comprometido. Por estas razones se considera una grave omisión la anotada anteriormente

cuando nos referíamos a la falta de cooperación en el problema de la inestabilidad de los precios de los productos básicos y a su creciente disparidad con los precios de los artículos industrializados.

Nos hemos detenido un tanto en este aspecto porque consideramos que, mientras no se afronte este problema y no se creen los mecanismos adecuados para ir atenuando gradualmente sus efectos hasta eliminarlos, las demás formas de cooperación interamericana serán, con seguridad, insuficientes para impulsar dinámicamente el desarrollo. Si el propósito, como no puede ser de otra manera, es el de actuar con diligencia y eficacia, el primer paso debería ser el asegurar a los diferentes países la base en que se asentará el impulso creciente de su exportación o un sistema que sirva para compensar en términos de ingreso las fluctuaciones de los precios de los productos básicos en los mercados internacionales. Mientras no se consiga seguiremos buscando fórmulas mágicas de desarrollo y persistiendo en desequilibrios que no son sino el precio de un esfuerzo desesperado por crear alternativas a los impulsos dinámicos. El caso del Ecuador es un buen ejemplo de los perjuicios debidos a las constantes fluctuaciones de los precios de los artículos que exporta. Para comprobarlo basta observar lo ocurrido en la última década. Los primeros cinco años fueron de expansión gracias a la virtualidad para diversificar sus exportaciones en relación a la demanda externa. Si hubiéramos mantenido el ritmo de crecimiento de esos primeros cinco años, el producto bruto por habitante, en 1962, habría llegado a 302 dólares, cifra que contrasta con la de 154 dólares correspondientes al año 1950. En otras palabras, el nivel de vida se habría duplicado en 12 años. En esas condiciones muchos de los cambios estructurales se habrían llevado a la práctica por lo menos en parte. El descenso violento de los precios de los productos de exportación tradicional alteró ese ritmo de crecimiento y en 1962 el producto bruto per cápita solamente podrá ser de 195 dólares, equivalente a las dos terceras partes de lo que efectivamente se habría obtenido en condiciones de estabilidad de los precios que rigieron en 1953. La persistencia en este lento ritmo de crecimiento apenas permitiría que se duplique, en 80 años, el ya muy modesto nivel de vida de nuestro pueblo. En los últimos cinco años de la década se ha detenido el ritmo de crecimiento de la exportación, que si bien no se redujo en términos absolutos, su tasa de crecimiento ha sido inferior al aumento de la población. De poco han servido los esfuerzos para diversificar las exportaciones, mejorar las bases de infraestructura y sujetarnos a una política de estabilidad que estimule la inversión privada. El freno al desarrollo económico actuó de inmediato y sus efectos trascendieron de la esfera económica a la social y a la política. La pérdida de ingresos que el país ha sufrido en los últimos once años como consecuencia de la baja de precios del cacao y del café, en relación con el nivel normal de 1953, llegó a 207 millones de dólares. En general, como consecuencia de la variación de los términos del intercambio, hemos perdido 266 millones de dólares. Frente a ello, la cifra neta de crédito externo que el país ha utilizado en el mismo período llega a sólo 43 millones de dólares. No es de extrañarse, pues, que mi gobierno considere este problema el máximo obstáculo para el desarrollo, y el encontrar una solución al mismo el mayor reto a la eficacia de la cooperación interamericana.

LOS PROBLEMAS DE LOS PRODUCTOS BÁSICOS

(Fragmento del discurso del señor Douglas Dillon, Jefe de la Delegación de Estados Unidos de América, pronunciado en sesión plenaria celebrada el 7 de agosto de 1961.)

UN crecimiento económico continuo y estable requiere una base sólida de comercio creciente. La elaboración de medidas que establezcan, fortalezcan y acrecienten los mercados para los productos de exportación de la América Latina debe ser por consiguiente parte integrante de la Alianza para el Progreso. Los Estados Unidos están dispuestos a cooperar en la búsqueda de soluciones viables a los problemas de estos productos y a dar su apoyo a las actividades de los diferentes organismos internacionales en este campo.

El problema de productos más urgente e importante que confronta a los países de la América Latina hoy día es el del café. Debe encontrarse una solución a este problema. La situación actual del café equivale a un innecesario agotamiento paulatino de recursos y constituye una amenaza para el bienestar y estabilidad económicos de 14 países del hemisferio.

La debilidad del acuerdo sobre café existente se debe dos motivos. Se ha limitado a tener como miembros solamente a los países exportadores, y no ha sido posible hacer que las cuotas de exportación fueran totalmente efectivas.

Creemos que es necesario un acuerdo completamente nuevo. Porque si se han de salvaguardar los ingresos de los países productores de café en concepto de exportaciones, las cuotas deberán establecerse en función del consumo real que deben poderse cumplir. Los Estados Unidos están preparados para unirse a un acuerdo viable sobre café, a utilizar sus buenos oficios para urgir la participación de otros países consumidores y a ayudar a hacer cumplir las cuotas de exportación por medio de medidas de control de importación. Todos sabemos que cualquier estabilización duradera de precios requerirá programas osados para tratar eficazmente los problemas de superproducción.

Cuando el grupo de Estudio del Café se reúna en septiembre, los Estados Unidos propondrán que se redacte un nuevo acuerdo para alcanzar estos fines.

El estaño también constituye un producto de importancia para este hemisferio. Para apoyar y fortalecer el Acuerdo Internacional del Estaño, proyectamos entrar en discusiones con el Consejo del Estaño en una fecha próxima acerca de las condiciones para la posible adhesión de los Estados Unidos al Acuerdo.

Creemos también que la propuesta que forma parte del Informe del Grupo de Expertos para un Fondo de Estabilización de Ingresos derivados de la Exportación merece ser estudiada cuidadosamente. Presenta oportunidades prometedoras, si bien existen muchos problemas técnicos y cuestiones de política en lo que se refiere al alcance, funciones, financiamiento del Fondo que se ha sugerido y que deben ponderarse aún. En el Tercer Comité mi delegación propondrá el nombramiento de un grupo de trabajo que se reúnan pronto como sea posible después de esta Conferencia para examinar el plan detalladamente y para hacer las recomendaciones oportunas.

Quisiera referirme ahora a la integración económica de la América Latina. Cuatro países de Centroamérica se han puesto de acuerdo sobre una unión aduanera completa de comercio interno libre para casi toda su producción. Debemos admirar, en verdad, su acción osada y decisiva. Confiamos en que esto abrirá el camino a un desarrollo acelerado por su parte.

La ratificación del Tratado de Montevideo en virtud del cual se establece la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio constituye otro importante escalón en el camino hacia un mercado común latinoamericano. Esperemos que sus miembros puedan aumentar rápidamente la lista de productos factibles de intercambiar libremente para que se consigan todos los frutos de la integración.

Los Estados Unidos están plenamente conscientes de la inquietud de muchos países de la América Latina por el futuro de sus mercados de exportación en los países de la Comunidad Económica Europea. Esta Comunidad se ha comprometido a adoptar una política comercial liberal. Todos nosotros los habitantes del hemisferio occidental tenemos el derecho a esperar que se cumplirá con este compromiso. Además de proteger nuestros propios intereses comerciales los Estados Unidos continuarán señalando a la Comunidad la importancia de dar un trato justo a los productos exportados de interés especial para la América Latina y otros países en vías de desarrollo. Creo que esta Conferencia debe saber que los Estados Unidos en estas últimas semanas han propuesto a la Comunidad que adopte un programa, en camino a eliminar preferencias arancelarias para productos tropicales acordados actualmente a los Territorios Asociados de Ultramar. Además hemos informado a la Comunidad que estamos preparados a dar apoyo financiero a tal programa. Continuaremos insistiendo en esta propuesta.

LA IGUALDAD DE TRATO

(Fragmento del discurso del Dr. Ernesto Guevara, Jefe de la Delegación de Cuba, pronunciado en sesión plenaria celebrada el 8 de agosto de 1961.)

... Y, además, la igualdad de trato y el disfrute equitativo de las ventajas de la división internacional del trabajo también deben ser extensivos a Cuba. Cuba debe participar activamente y puede contribuir mucho, para mejorar mucho de los grandes "cuellos de botella", que existen en las economías de nuestros países, con la ayuda de la economía planificada, dirigida centralmente y con una meta clara y definida.

Nosotros proponemos el estudio de planes racionales de desarrollo y la coordinación de asistencia técnica y financiera de todos los países industrializados, sin distinciones políticas ni geográficas de ninguna especie; nosotros proponemos también que se recaben las garantías para salvaguardar los intereses de los países miembros más débiles; proscripción de los actos de agresión económica de unos miembros contra otros; la garantía para proteger a los empresarios latinoamericanos contra la competencia de los monopolios extranjeros; la reducción de los aranceles norteamericanos para productos industriales de los países latinoamericanos integrados; y establecemos que, en nuestro entender, el financiamiento externo sería bueno sólo si se produjera con inversiones indirectas que reunieran las siguientes condiciones: no sujetarlos a exigencias políticas, no discriminarlos contra empresas estatales, asignarlos de acuerdo con los intereses del país receptor, que no tengan tasas de interés mayor del tres por ciento; que su plazo de amortización no sea inferior a diez años y pueda ser ampliable en dificultades en la balanza de pagos; proscripción de la incautación o confiscación de naves y aeronaves de un país miembro por otro; iniciación de reformas tributarias que no recaigan sobre las masas trabajadoras y protejan contra la acción de los monopolios extranjeros.

El Punto III del Temario ha sido tratado con la misma delicadeza que los otros, por los señores técnicos; con dos o tres pincitas han tomado el asunto, han levantado un poquito el velo, y lo han dejado caer inmediatamente, porque la cosa es dura...

"Hubiera sido deseable —dicen— y hasta tentador para el Grupo formular recomendaciones ambiciosas y espectaculares. No lo hizo, sin embargo, debido a los numerosos y complejos problemas técnicos que habría sido necesario resolver. Así, las recomendaciones que se formularon tuvieron necesariamente, que limitarse a aquellas que se consideraron técnicamente realizables".

No sé si seré demasiado perspicaz, pero creo leer entre líneas. Como no hay pronunciamientos, la Delegación cubana plantea en forma concreta que de esta reunión debe obtenerse: garantía de precios estables, sin "pudieran" ni "podrían", sin "examinaríamos" ni "examinaremos", sino garantías de precios estables; mercados crecientes o al menos estables; garantías contra agresiones económicas; garantías contra la suspensión unilateral de compras en mercados tradicionales; garantías contra el "dumping" de excedentes agrícolas subsidiados, garantías contra el proteccionismo a la producción de productos primarios; creación de las condiciones en los países industrializados para las compras de productos primarios con mayor grado de elaboración.

Cuba manifiesta que sería deseable que la delegación de Estados Unidos conteste, en el seno de las Comisiones, si continuará subsidiando su producción de cobre, de plomo, de cinc, de azúcar, de algodón, de trigo o de lana. Cuba pregunta si los Estados Unidos continuarán presionando para que los excedentes de productos primarios de los países miembros no sean vendidos a los países socialistas, ampliando así su mercado.

AMERICA LATINA FRENTE A LA DECISION

(Editorial del "Financial Times" de Londres, del 11 de agosto de 1961)

ASTA aquí, América Latina ha ganado relativamente poco de la moda de ayudar a los países subdesarrollados a sostenerse sobre su propio pie. A pesar de que los niveles de vida allí son excesivamente bajos, y el problema del crecimiento demográfico es de los más graves del mundo, desde 1952, año en que el deterioro en la relación de precios del intercambio de materias primas empezó a afectar muy seriamente a los productores latinoamericanos, el Continente viene padeciendo de una superabundancia de planes de desarrollo, y de una constante escasez de efectivo. Como el Gobierno de EUA (junto con el FMI y el Banco Internacional) ha seguido considerando a la región como una en la que es necesario sostener rigurosamente la firmeza de la moneda y la empresa privada, el tradicional sentimiento antiamericano se ha exacerbado considerablemente.

"Empero, la revolución cubana produce en la actitud de EUA otra revolución inevitable. El Presidente Kennedy hizo del desarrollo de América Latina una importante palanca de su campaña electoral, y la reciente conferencia celebrada en Uruguay comprueba que toma en serio su "Plan Marshall" para América Latina. Al dirigirse a los asistentes a la conferencia, Douglas Dillon habló de un nuevo organismo que concedería préstamos a muy largo plazo y a tasas de intereses insignificantes, que producirían en el crecimiento económico el necesario impulso para que organismos internacionales e inversionistas privados se sientan atraídos; mencionó una cifra de Dls. 20,000 millones, por lo menos, para la próxima década. En su mensaje, el Presidente Kennedy prometió que EUA gastará este año en América Latina, Dls. 2,000 millones o más, dentro de su programa de Alianza para el Progreso, lo cual equivale a más del triple de la suma

correspondiente a 1960. Además, actualmente parece que EUA está dispuesto a estudiar la posibilidad de participar en los planes relativos a la estabilización de los precios de las materias primas que constituyen, para muchos países latinoamericanos, la única exportación, y principal fuente de sus ingresos por tal concepto.

"Pero la revolución en la actitud estadounidense ha ido más lejos todavía. La presencia del fidelismo ha hecho, no sólo que abandone su anterior insistencia en enfocar el desarrollo económico de América Latina desde el punto de vista de la libre empresa, sino que ya no espera promesas de buen comportamiento político a cambio de la ayuda que está dispuesto a prestar. Ciertamente, su actual manera de enfocar el problema es mucho más realista y de mayor alcance de lo que muchos gobiernos latinoamericanos se encuentran dispuestos a admitir. El Gobierno de EUA ha aceptado el hecho de que la sola ayuda económica puede lograr muy poco, y de que mucha de la ayuda inadecuada concedida en el pasado se ha desperdiciado, y por tanto ha echado todo su peso del lado de la planeación, la cooperación y la reforma social.

"Y aquí empiezan las dificultades. En casi todos los países latinoamericanos, la mayoría de la población está formada por campesinos analfabetas, que subsisten miserablemente con los frutos de una tierra poco fértil. En las actuales condiciones, la demanda de bienes de consumo es corta y poco flexible, y en muchos casos la oferta ya es suficiente. La siguiente etapa de la industrialización deberá consistir en la explotación de los recursos de energía eléctrica y el desarrollo de la industria pesada. Pero, aun cuando se lleve adelante la industrialización gracias a la ayuda exterior, todas las probabilidades son que los mercados

seguirán siendo pequeños y que el abismo existente entre las minorías adineradas y las mayorías medio muertas de hambre se haga todavía mayor.

"La cooperación entre las repúblicas podría ayudar en cierta medida a ampliar el mercado para la manufacturas, y hace dos meses que cobró vida la zona de libre comercio formada por siete países. Pero, el comercio entre los países de la región ha sido siempre escaso, y consiste principalmente de materias primas. Casi todos ellos parecen preocuparse sólo de sus propios problemas, y la perspectiva de utilizar el libre comercio como medio de formar un mercado continental de productos manufacturados, sigue siendo algo remoto. Los economistas de la joven generación, la CEPAL y, ahora, el Gobierno de EUA, son los que tratan de lograrlo. Los distintos gobiernos sólo sienten, en el mejor de los casos, un ligero interés.

"Lo mismo les ocurre en lo que se refiere a la reforma agraria. El primer paso que debe darse para lograr el progreso económico de América Latina es mejorar el nivel de vida de la mayoría de la población y elevar el nivel de la eficiencia agrícola.

"Así pues, quienes ostentan el poder en América Latina se ven ahora en la necesidad de adoptar una decisión. Ya no es posible evadir responsabilidades. El Gobierno de EUA ha comprendido que la única forma de evitar que se extiendan las revoluciones de tipo castrista es lograr que cambien voluntariamente las condiciones sociales que la produjeron, y ha ofrecido proporcionar considerable ayuda para lograrlo. Ahora toca a los gobiernos latinoamericanos emprender la acción necesaria. Pueden decidirse por la reforma social y el crecimiento económico, o bien pueden seguir tergiversando el significado de los rumores del volcán."